

Año VI

Barcelona

2

de Septiembre 1892 N° 33

LA SEMANA Cómica

Director: J. Fernández de la Reguera

NUESTROS ACTORES, por Renau



15 céntimos

A. Figueras

Renau

Ayuntamiento de Madrid
EMILIO MESEJO



LA MANTELETA

—Trini, no me gusta que don Aniceto te obsesque con patatas fritas. Trini, tú no sabes que la mujer se empaña como el cristal, y el día que tu primo se entere de lo que está pasando en esta casa, vamos a tener un disgusto.

—Pero, mamá! ¿Cómo quiere V. que evite esas galanterías? Don Aniceto me trata con cierta consideración, y yo no debo desairarle.

Así hablaba la bella Trinidad, cierta mañana del mes de Febrero, mientras su madre, la integra doña Micaela, lavaba una lechuga para el almuerzo.

Era doña Micaela una viuda de exagerados principios morales, que para atender a su sostenimiento y el de su hija, cedía una habitación a un caballero solo, con asistencia ó sin ella.

Trinidad compartía con su madre las penosas tareas de la casa de huéspedes, porque decía doña Micaela, y decía bien, que una chica debe saber tocar el piano y guisar el bacalao a la vizcaina; traducir el francés y zurcir la ropa blanca; pintar al óleo y fregar la loza.

Trinidad, sin embargo, prefería a estos vulgares entretenimientos, la lectura de todas cuantas poesías amorosas caían en sus manos, y cada vez que veía un título altisonante, como por ejemplo: *Mis deliquios*, ó *Remordimiento y sopor*, etc., etc. la chica suspiraba hondamente y echaba en olvido que había puesto las planchas en la lumbre, ó que no había dado vuelta a las patatas fritas.

Doña Micaela veía con buenos ojos la noble aspiración de su sobrino Celedonio a la mano de Trinidad. Celedonio era un buen muchacho, trabajador y formal, que desempeñaba la plaza de oficial segundo en una Escribanía y tocaba la flauta de afición; pero a Trinidad no le halagaba la idea de unir su suerte a la de Celedonio, y más de una vez había dicho a su madre:

—Yo, como hija obediente, sabré sacrificarme, pero Celedonio no es mi tipo. Usa unas americanas inverosímiles; además, tiene la cara llena de espinillas, y va siempre pisándose las cintas de los calzoncillos. Es un sér prosaico y erisipeloso.

Doña Micaela, entretanto, decía para sí:

—Mi hija, aunque me esté mal el decirlo, es una majadera, lo mismo que su padre, que esté en gloria.

Era Aniceto un soñador de alma impresionable y espíritu mercantil, que hacía compatible el comercio de badanas con las *Rimas* de Bécquer, y lo mismo extendía una factura de venta, como cantaba el *Spirto gentil* acompañándose con la guitarra; y con igual entusiasmo recorría las casas de sus parroquianos para ofrecerles chagrin ó cabritilla, que empuñaba la péñola y escribía una oda, «Al Sol» ó «A los ojos de una cubana casada en segundas nupcias con un Registrador de la Propiedad.»

Había fijado su residencia en Madrid, eligiendo la casa de doña Micaela, donde por un precio módico obtenía todas las comodidades posibles.

—Doña Micaela, V. es mi madre,—exclamaba Aniceto, mientras las excelente patrona le ponía una cataplasma de harina de linaza sobre un

flemón que le había brotado en el carrillo derecho.

Trinidad contemplaba a Aniceto desde uno de los ángulos del gabinete.

—¿Le duele a V. mucho?—preguntó con acento cariñoso.

—¡Ay, sí!—dijo él.—He pasado una noche horrible. La idea del suicidio cruzó más de una vez por mi imaginación.

—¡El suicidio!—exclamó Trinidad cubriéndose el rostro con las manos.

—Vamos, don Aniceto, no diga V. disparates,—añadió doña Micaela.

—Vivo muy contrariado,—siguió diciendo el joven.—Se me ha salteado una pieza de becerro francés: tengo el alma lacerada. ¡Sufro mucho!

Trinidad, al escuchar estas palabras, sintió que la sangre afluí a su cabeza y que su corazón latía con precipitación extraordinaria, y dijo para sí:

—No hay duda; don Aniceto me ha mirado amorosamente...; don Aniceto sufre por mí.

Y desde aquel día, comenzó a tratar a Celedonio con marcado desvío y a dirigir miradas incandescentes a Aniceto.

Así pasaron dos meses.

Una noche Trinidad adoptó una de sus actitudes más dramáticas, y dijo a su madre:

—Esto no puede seguir así. Celedonio tiene cara de presbítero, y yo no puedo amarle; en cambio, don Aniceto me parece más hermoso cada día.

—¡Pero criatura!—objetó doña Micaela.—¿Te ha dicho algo?

—No, porque es tímido; pero sus ojos tienen una elocuencia arrebatadora.

—Yo no noto nada.

—Fíjese V. en aquellos ojos rasgados que se posan en los míos; acuérdesse V. de sus atenciones para conmigo. Antes de ayer, cuando cenaba, me dió una acelga en su propio tenedor. Siempre que me ve barriendo el pasillo suspira sin poderlo remediar.

Aniceto llegó a la casa de huéspedes con un rollo de badana debajo del brazo; pidió la cena; después dejó la badana; se vistió con esmero, y dijo a doña Micaela:

—Señora; he pensado en la necesidad que todo hombre siente de constituir una familia.

—¡Ah!—exclamó Trinidad, que oía estas palabras oculta detrás de la cómoda.

—Ya no soy un niño y estoy resuelto a casarme.

—No me parece mal—contestó doña Micaela.

—Pues bien—siguió diciendo Aniceto,—usted, que es mi segunda madre, debe saberlo todo....

Trinidad, desde su escondite, elevaba los ojos al cielo y se apoyaba en la pared para no desmayarse.

Aniceto siguió diciendo:

—Quiero regalar a mi futura una manteleta como símbolo de mi felicidad, y deseo que sea V. quien la compre. Ahí tiene V. tres duros y medio.

—¡Es particular!—se quedó diciendo doña Mi-

caela.—He aquí un hombre que va á casarse, sin solicitar el consentimiento de su futura suegra.

En aquel momento, Trinidad se arrojaba en brazos de su madre diciendo:

—¡Todo lo he oído! ¡Ay, mamita mía, qué feliz soy!

Aquella noche, el pobre Celedonio fué llamado aparte por doña Micaela, quien, haciendo un esfuerzo supremo, le habló así:

—Hijo mío: Trinidad se ha encerrado en su alcoba, porque no tiene valor para afrontar tu mirada.

—¿Qué sucede?

—Sucede que don Aniceto quiere casarse con mi hija.

—¿Cómo?

—No te sofiques, Celedonio.

—¿Pero ella se habrá negado?

—Ella accede gustosa.....

Celedonio se levantó, y cogiendo el sombrero se puso á morderle con desesperación. Después miró con ojos de pantera herida á doña Micaela, y salió de aquella casa diciendo:

—Pérfida, infame! ¡Permita Dios que todo lo que comáis se os vuelva tinta!

Trinidad lanzó una carcajada, y se puso á contemplar la hermosa manteleta comprada momentos antes en la calle de Toledo.

Sonó la campanilla de la escalera.

—¿Será él?—pensó Trinidad.

Era Aniceto, efectivamente, que entraba radiante de alegría.

Doña Micaela salió á su encuentro.

—Aquí tiene V. la manteleta que me encargó. No he podido sacarla menos de tres duros y dos reales; pero fíjese V. en el género.

Trinidad miraba á Aniceto con ojos de besugo pasado, como si quisiera decirle:

—Estrecha contra tu seno á tu mujercita; basta ya de silencio y disimulo.

—Gracias, doña Micaela—dijo Aniceto;—y ahora voy á pedir á V. un nuevo favor.

—Todo lo que V. quiera.

—Que remita V. la manteleta á casa de mi futura, calle del Gato, 5, tercero.

Trinidad abrió los ojos con espanto; después lanzó un ¡ay! terrible y cayó desmayada en brazos de doña Micaela.

LUIS TABOADA.

PEQUEÑO PROBLEMA

A MI QUERIDO MAESTRO D. RAMÓN DE CAMPOAMOR

PRIMERA PARTE

LA CULPA

I

¿Recuerdas, Inés bella,
el triste fin de la ventura aquella?
Yo entonces te quería como un loco,
y siempre el que ama reflexiona poco.
Y Satanás maldito,
envidioso tal vez de mi ventura,
me hizo ver de tal modo tu hermosura,
que me incitó al delito
de estrechar suavemente tu cintura.

II

Al recordar ahora
cómo tu, siempre amable y seductora,
alzándote indignada,
con tintes de rubor sobre la frente
y santa indignación en la mirada,
furiosa é inclemente
me echaste de tu lado, Inés amada,
aun siento á pesar mío
aquella extraña sensación de frío
que ante ti me dejó, mudo y helado
y además de confuso, avergonzado.

III

Al verte, por mi causa, así ofendida,
tú, que además de hermosa eres tan pura
que no he visto en mi vida
una hermosura igual á tu pureza,
ni una pureza igual á tu hermosura,
viendo clara y patente mi torpeza,
consternado y rendido,

igual que un pecador arrepentido,
me impuse, por temor á molestarte
y por miedo á ofenderte,
la inmensa penitencia de no hablarte
y el terrible castigo de no verte.

SEGUNDA PARTE

EL BAILE

I

¡Oh, eternas antinomias de la vida!
Aquel día, indignada,
me echaste de tu lado, Inés querida,
y ayer, entusiasmada,
radiante como nunca de hermosura,
con entusiasmo airoso,
bailabas, enlazada tu cintura
por el brazo atrevido de un gomoso.

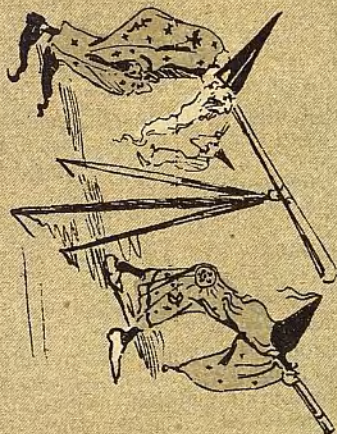
II

¡Si vieras con qué pena
recordé aquella escena!
Y al verte, fatigosa y palpitante,
reclinada con gracia encantadora
sin perder el compás ni un solo instante
dando vueltas, alegre y seductora,
pensé que, como todas las mujeres,
tienes el alma honrada,
pero tienes también, como esos seres,
la idea del pudor equivocada.

III

Yo te juro, Inés mía,
que al recordar mi falta de aquel día
me siento confundido,

ESTRELLAS, por Meitón González



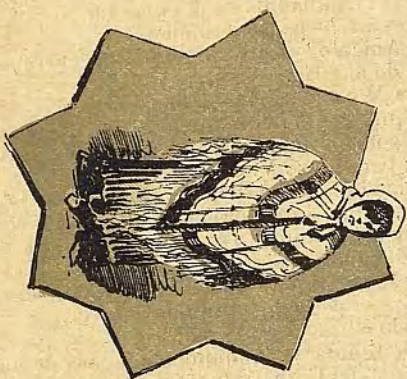
LOS QUE LAS MIRAN



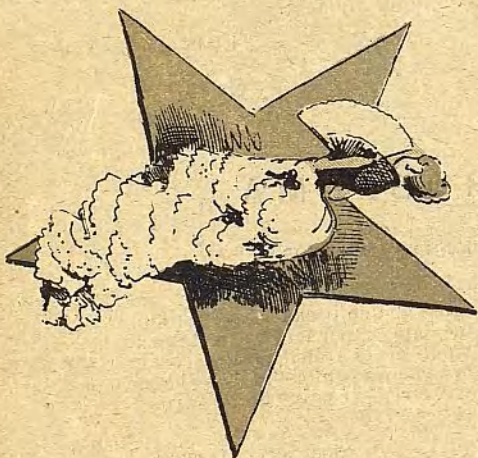
LOS QUE LAS VEN



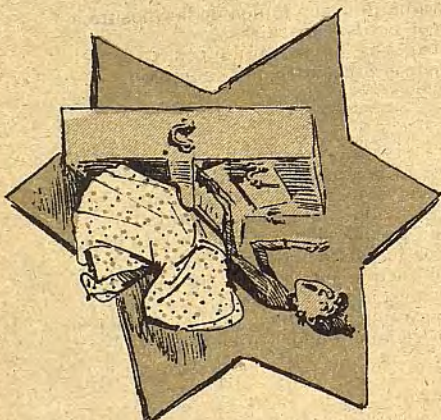
LOS QUE LAS LLEVAN



ESTRELLA ENRIANTE

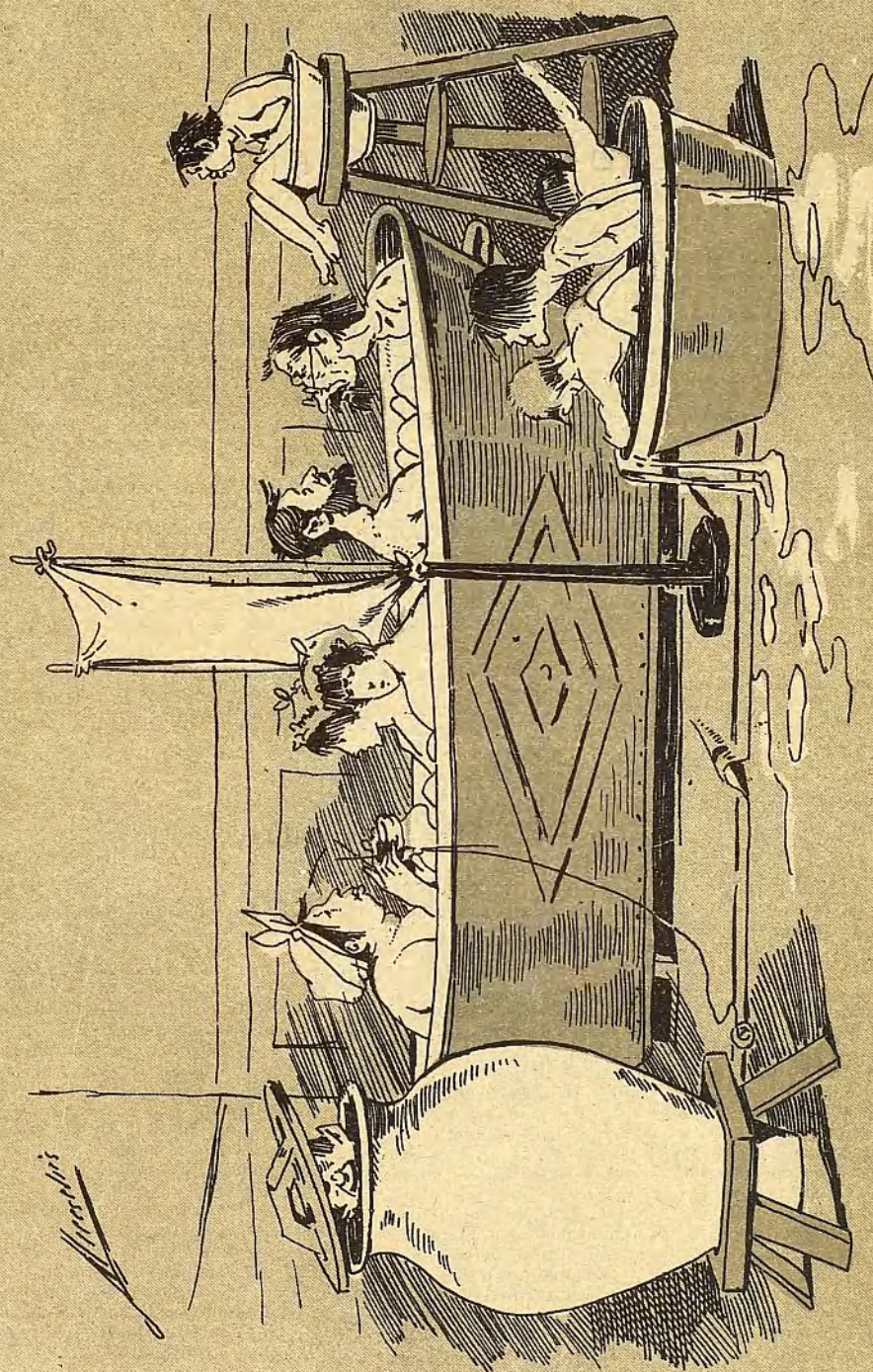


ESTRELLA DE COLA



ESTRELLA CONFIDENTE!

DE BAÑOS, por Mecachis



...porque resulta cargante
el irse á Biarritz ó á Spa,
¡y para estar en Sarriá
se han ingeniado bastante!

y viéndote bailar el wals corrido
confuso te miraba,
más corrido que el wals que se bailaba.

IV

¿Dudar de tí? Eso nunca, te lo juro:
yo sé que de candor eres modelo,

yo sé que irás al cielo de seguro,
dando como seguro que haya cielo.
Mas yo, que explicaciones necesito,
te pregunto, sintiendo haber faltado:
¿por qué, di, si el bailar no es un delito,
el dejarse abrazar es un pecado?

CELSE LÚCIO.

DESDE PUERTO RICO

A JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA REGUERA

¡Oh, Pepe, amigo santo! en los oscuros
términos de la ausencia sin olvido
que canoniza los afectos puros,
abre á mis versos corazón y oído,
que tengo ya, en mi cielo y en mi tierra,
alas, inspiración, paloma y nido!
¡Paloma de mujer! ¡alma que encierra
la timidez, la gracia y la ternura
que tienen las palomas de la sierra!
La dulce llama del amor fulgura
en sus azules ojos infinitos,
como la luz del sol, ardiente y pura:
chispa inmortal de los sagrados ritos
de mis dioses penates, no consume
el fuego de sus éxtasis benditos
y aroma y luz y eternidad resume,
porque el alma de flor que en ella brilla
es oración y es llama y es perfume.....

..

Si, amadisimo Pepe: en esta Villa
que aprisionó al soltero vagabundo,
hallé mi corazón y mi costilla;

y, como siento un bienestar profundo,
quiero dar la noticia del suceso,
como Jackson Veyán, á todo el mundo.

Mi canto A LAURA derogué con eso:
con el mudo poema que ahora estalla,
no en vanas hojas de papel impreso,
sino en el corazón, que él avasalla.

¡Pepe, la verdadera poesía,
como la caridad, se hace y se calla!

Yo tengo hecha en el hogar la mía,
que no cabe en los misereros tercetos
que desde aquí mi corazón te envía;
mas, si á ritmos sin número sujetos,
como el de la onda azul sobre la arena,
quieres oír sus cánticos secretos,

rompe mis versos sin menguada pena
y el corazón sonámbulo adelanta
de este hogar tuyo á la mansión serena.

¡Ven á escuchar la poesía santa,
que es tuyo el nido en que la estrofa suena
y mía el ave que en el nido canta!

JOSÉ DE DIEGO.

AMORES DE VERANO

No recuerdo en que café
fué en el que las conocí,
pero yo me enamoré
enseguida que las ví.

(Por supuesto, de aquel bello
ángel rubio nada más;
que la mamá es un camello
por delante y por detrás).

No he visto amor más ardiente
ni que más pronto brotara;
¡ni dió tiempo á que acabara
una copa de aguardiente!

Las ví, me quedé aturdido,
mirando azarado al techo,
y sentí ya aquí (en el pecho)
un flechazo de Cupido.

¡No he visto ni espero ver,
por muchas rubias que viera,
una muchacha que diera
más deseos de querer!

Bonita, blanca, alta, llena,
como si el corsé la ahogara,
aun sin mirarle la cara,
era buena ¡pero buena!

De esas que á uno dejan lelo
y dan rabia á las hermosas;
¡con unos ojos de cielo!.....
y..... ¡vamos! ¡la mar de cosas!

Cuando en ellas me fijé

y me las quedé mirando,
la niña estaba tomando
á sorbitos el café.

Y la mamá, á bocaditos
más grandes que muchas latas,
un plato de riñoncitos
salteaditos..... con patatas.

Como estábamos de lado,
y al verla tan sonriente
comprendí que mutuamente
nos habíamos flechado,

y yo soy un poco listo
para la táctica esa,
poco á poco, sin ser visto,
me fui acercando á su mesa.

Y luego que con rubor
me dijo aquel dueño mío
que si buscaba el calor
y que si tenía frío,

nos pusimos á charlar
y ella á darme con el pie
y..... ¡vaya, que aquello fué
lo que se llama *la mar*!

Le hice mi declaración
y antes de salir de allí,
le pedí contestación
y ya me dijo que sí.

Así empezó aquella historia
de aquellos tiernos amores,

que, hermosos como la gloria,
duraron lo que las flores.

II

Luego que el gasto pagué,
previo su consentimiento,
feliz, y amante y contento,
con ellas dejé al café,
dispuesto yo á acompañarlas
y á despedirme después,
prometiéndoles visitarlas
á los dos días ó tres,

y hablando ella y yo, apartados
un poco de la mamá,
como dos enamorados
hechos y derechos ya.

Precisamente llegábamos
de su casa al portalón,
cuando esta conversación
entretenida llevábamos:

—Con que es usted empleado ¿eh?
Y ¿cómo se llama?.....—Arturo.

—¿Y cuántogana?—Ahora un duro,
pero pronto subiré.....

Y la mamá, que esto oía,
dijo con dulce embeleso:

—Puede subir, si es por eso;
¡ya tendrá más otro día!

MARCIAL DE LOS RIOS.

LOS PROTECTORES

Hay, lector, quienes tienen el prurito de pasar por personas importantes, lo cual es siempre cómodo y bonito: decir no necesito que yo abomino á tales petulantes. Porque ¡dígame V. lo que se saca con que le hagan á uno reverencias y le aguanten un rato de de matraca!.... ¡Pero, no hay que mostrar intransigencia! Como á algunos les da por ser gomosos, y á otros por hablar mal de un compañero y á otros por sentar plaza de graciosos ó por armar camorra al mundo entero, en cambio otros señores se contentan con decir:—Don Fulano y don Zutano, los dos entre sus íntimos me cuentan..... ¡Si á usted quisiera yo darle la mano!.....

Habla usted, por ejemplo, de Sagasta, y el señor importante sin tardar un instante le llama al orden y le dice:—¡Basta! ¡Con ese tengo yo mi agarradera!..... Puede avisarme usted cuando usted quiera... Y luego se le avisa, y contesta:—¡Es difícil ese empeño, porque para eso es condición precisa lo de ser de Sagasta amigo y dueño! Y aunque me estima Praxedes de veras y á mí me ha dicho: *Píde lo que quieras*, el caso es que no puedo acometer la empresa..... con denuedo.

Pues otro, á quien usted jamás asedia y es amigo de un cómico barato, ya le aconseja á usted que en cualquier rato se escriba una comedia, y añade:—¡Nada, chico! La escribes, me la das, yo le hablo á Vico; si quieres tú que te corrijan algo, te quita Echegaray lo más pedestre; la estreno, veo á Hidalgo, ¡y luego tú derrochas el trimestre!— Usted la escribe, dicen que es muy buena y..... ¡nada! ¡la comedia no se estrena!

¿Quiere usted licenciarse de abogado? Pues no falta quien diga:—Eso son bromas! ¡No hay que haber estudiado!..... ¡Con que yo le hable á don Augusto Comas!... Y, con esta evidencia, va usted á examinarse tan valiente, y al irse á *licenciar*, le dan *licencia*..... para que se examine nuevamente.

Señor, tú que lo ves! ¡A estos farsantes hazles ya que depongan su arrogancia! ¡Y haz que sólo parezcan importantes los que tengan muchísima importancia!

RICARDO J. CATARINEU.

EL SERVICIO DOMÉSTICO

Dicen que ya no se encuentra una criada buena por un ojo de la cara, ni por ninguna parte. Y, á mi juicio, esta es una verdad, no como un templo, sino como media docena de templos.

En cambio, según las chicas del gremio, las casas están peor cada día, lo cual no tiene nada de extraño; porque sabido es que, con el tiempo, se estropean las casas.

Hay familias que viven destinadas á sufrir continuamente las inclemencias de una servidumbre femenina variada, aunque unipersonal.

Modelo de estas familias es la que vive sobre mí, es decir, encima del cuarto que yo habito y pago, aunque me esté mal el decirlo.

Los Sres. de Morterete, que así se llaman mis desdichados vecinos, han *recibido* y *aguantado* en su casa durante el último trimestre las calamidades (vulgo criadas) que, por orden cronológico, paso á describir con su permiso:

1.^a Romualda Romo, alta, de lánguido mirar y no tan lánguido sisar, con dos besugueras y una afición frenética por lo eclesiástico. Sabía escribir bastante bien pero leer, ni una jota, y dejó plantados á los amos, porque su novio (el de Romualda), sepulturero de San Martín, encontró poco decoroso que la diesen chocolate sin canela.

2.^a Trifona Menudillez, bizca del izquierdo, limpia como los chorros, si no del oro, por lo menos del doblé. Guisaba con arte y tenía sus arranques de fidelidad; pero como nada hay per-

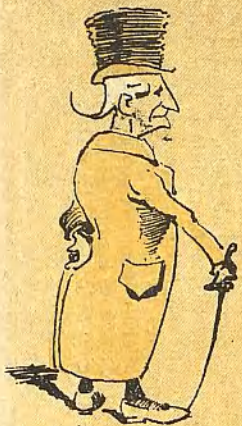
fecto en este mundo, hubo que despedirla, porque padecía de ciertos ruidos involuntarios que, merced á la buena alimentación, iban adquiriendo proporciones alarmantes.

3.^a Laura Cañamazo, delgaducha, remilgada y bien parecida... á sus padres. Se resignaba á ganar tres duros mensuales, porque decía que las cosas están muy malas, y porque el señor la permitía leer *La Ilustración Española y Americana* y la señora la enseñaba á hacer ganchillo y frivolité. Item más: cuando los amos salían á la calle, abría Laura el piano y se pasaba sus buenos ratos tocando con un dedo algunos trozos del *Barberillo* ó de *Niña Pancha*; y aunque no pocas veces la sorprendía con las manos en la masa el regreso de sus señores, estos hacían la vista gorda, ó por mejor decir, el oído gordo.

Pero Laura se escapó con un incauto mancebo que tocaba el corno en la charanga de Arapiles, y volvieron á quedar sin servidumbre los señores de Morterete.

4.^a Concha Azpeitigorrigurriaga, hija de Toluosa (no del médico, sino de la población guipuzcoana). Gastaba ojos de color azul marino, y cuando hablaba con sus paisanas, parecía que se enjuagaba la boca con el alfabeto. En ocho días que estuvo, rompió media vajilla y dejó resentida la otra media; pero más resentidos dejó á los amos, quienes tuvieron que despedirla porque una noche hallaron debajo de su cama unas botas de hombre, dentro de las cuales había unos pies y á continuación todo el sér de un honrado tipó-

PERSONAJES CÉLEBRES, por Melitón Gonzalez



GOYA



MIGUEL ANGEL



MARÍA DE MÉDICIS



VAUBAN



CONDÉ



CONFUCIO



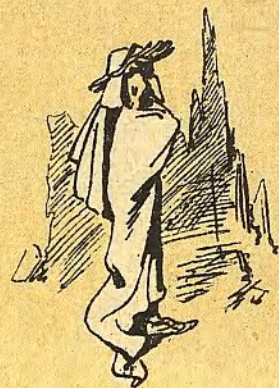
SÓCRATES



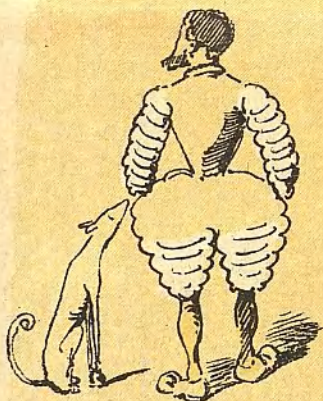
HIPÓCRATES



NAPOLÉON I.



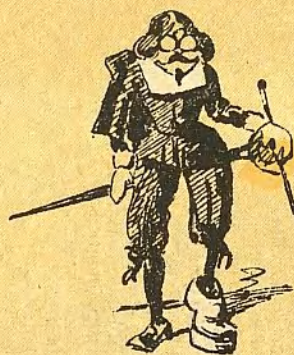
EL DANTE



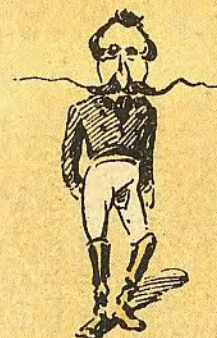
CARLOS V, de Alemania



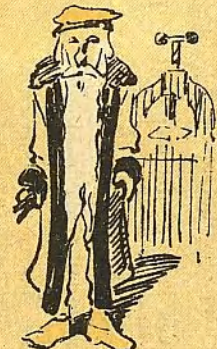
EL EMPECINADO



QUVEDO



NAPOLÉON III.



GUTEMBERG



FELIPE II.



CÉSAR



GARIBALDI.



ESPRONCEDA



FRANCISCO I.

grafo, que si entró en la casa con buen fin, salió de ella con buenos cardenales.

5.^a Silvestra Perejil, hija de Cabra y de padre desconocido. Sabía hacer albóndigas con un celo, una lealtad y una inteligencia que maravillaban; pero padecía distracciones tan lamentables, que un día tuvieron sus amos que mandarla á paseo, aunque no la tocaba salir. Baste decir que en una ocasión coció el café con agua de vegetal, y otra vez limpió equivocadamente con azúcar molida la cama dorada de sus amos, los cuales se vieron obligados, para no perderlo todo, á lamer su propio lecho después de las comidas, á guisa de postre.

6.^a Caralampia Zarzamora, fea si las hay (que si las hay), coja de afición, gallega de verdad y con cardenillo en las orejas, á causa de unos pendientes amilicos que gastaba. Tenía en un ojo una nube de verano y en el otro un chaparrón formal; y aun cuando no se la conocían más defectos que los físicos y químicos ya indicados, éstos bastaron para que los amos la despidieran,

pues unos sobrinitos de éstos llegaron á enfermar del hígado, creyendo que aquella mujer era el mismísimo demonio.

Como es natural, después de esto, mis pobres vecinos ansiaban tener á su servicio un sér humano; pero á fuerza de encargos é investigaciones han hallado un sér divino.

¡Qué facciones las de la actual criada de Morterete! ¡Qué ojos tan gachones! ¡Qué andares tan sandungueros! ¡Qué mujer más rica! Y sirve á pedir de boca. Pero, por desgracia, tendrá que marcharse pronto, pues no hay deuda que no se pague ni plazo que no se cumpla, y lléveme el diablo si antes de tres meses no le ha sucedido una *hecatombe* á la inocente y ya poco esbelta muchacha.

¡Inconvenientes de servir para todo!

De lo dicho no se infiere que no haya también señores inaguantables. ¡Vaya si los hay!..... Y si no, díganlo.....

Pero esto merece capítulo aparte.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

GREGORIA LA PORTERA

I

La enseñaron sus padres, sendo muchacha, á tener con buen filo su lengua de hacha; y una vez con el grado de bachillera, salió que ni pintada para portera. Pescó una portería de buena casa, y al mes de estar en ella (parece guasa) ya decía de Pura, la del tercero, que si hablaba ó no hablaba con el casero, sólo porque una noche de primavera los sorprendió abrazados en la escalera. En cuanto á doña Paca, la del segundo, decía que era *amiga* de un tal Facundo, aparte, por supuesto, de un compromiso que tenía con uno del cuarto piso. De otro pobre inquilino del sotabanco, que á pesar de ser cojo tenía estanco, dijo horrores la bruta de la portera, respecto del motivo de la cojera. En fin, cuanto veía lo comentaba, y hasta dormida dicen que murmuraba; no habiendo ya vecino de limpia historia para el pico endiablado de la Gregoria.

II

Un día la *lechuz*a plegó sus alas.

que también las porteras se ponen malas. Reclamó la asistencia de un doctorcillo que vivía en la casa y era muy pillo;

y el doctor, que tenía cara de perro,

encargó que á la enferma la diesen hierro.

«¿Tomaré el hierro en polvo? ¿Traeré jarabe?»

(preguntó la portera, viéndose grave.)

«¿Qué hierro me conviene? Dígallo pronto.»

Y contestó el Galeno (que no era tonto):

«¿Que qué hierro la mando? Pues el siguiente:

Un candado en la boca perpétuamente.»

Aunque tal obediencia parezca un mito,

la portera se puso su candadito;

mas vivió silenciosa muy pocos días

y murió de nostalgia de habladurías.

III

En tanto que la casa quedó en la gloria, Botero á sus calderas llamó á Gregoria; mas como ésta en el mundo dejó el candado, y en el infierno consta su desenfado, está mejor que quiere, pues no hay caldera donde admitan el alma de la portera.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

ROMANCES POPULARES

EL GUARDA DE ORDEN PÚBLICO

Rebujado en su esclavina y más derecho que un roble, el guarda Pedro Jimenez espera á su Maritornes: la noche está muy oscura, la calle es de las peores, pero él es hombre de temple, y lleva, bajo el capote, cruces de todos tamaños, cintas de todos colores. Se abre un balcón, mira el guardia, tosen arriba y él tose.

—No puedo salir—le dicen: y él contesta:—Buenas noches; y viendo el balcón cerrado Pedro á partir se dispone, cuando recibe en la cara dos bofetadas enormes. Desnuda el sable furioso, toma en la izquierda el revólver... y vuelve á envainar y enfunda y se repiten los golpes. —Saca el revólver,—le dicen;— sacárese sable, ¡mal hombre!

que está tu mujer delante, la que te viste y compone, la que lava lo que ensucias, la que zurze lo que rompes. Toma un zurrio, ¡mal padre! ¿Te has olvidado, responde, de que dentro de mi vientre, llevo tus obligaciones?... —Mira que soy de orden público; pega, pero no des voces: mira que vas á la cárcel si rompes esos botones.

Mira, por Dios, lo que miro...
—Toma la cárcel y el orden.
¡Si han de cantar nuestra historia
los ciegos en sus canciones!
¡Si han de decir que á esta tuna
la di una tanda de azotes
junto al fogon de su casa,
delante de sus señores!...
Si lo ha de saber Xiquena...

—¿Qué ha de saber?—Tus traiciones,
y pagarás tu delito,
é iré á ver, cuando te ahorquen,
cómo te aprietan el número
que llevas en el cogote.
Y dándole otro cachete
por el portal de ella entróse,
como entra el viento bramando
por estrechos callejones.

Se arregló el guardia la ropa,
luego se atusó el bigote
y dijo, viendo cerradas
las tiendas y los balcones:
—Nadie lo vió: ¡se ha salvado
el honor del uniforme!

José FERNANDEZ BREMON.

¡TODO SE AVERIGUA!

El lector debe darse
por advertido
de que el cuento no tiene
doble sentido.

ANTES

Mi novia actual, la Cristeta,
que es una chica preciosa,
unas veces huele á rosa
y otras veces á violeta,
y otras veces á jazmines,
porque, estimado lector,
ella se muda el olor
como yo los calcetines.

Y aunque la procuro oler,
con tanto y tanto cambiar,
no he podido averiguar
á qué huele la mujer.

Cristeta, que es muy coqueta,
con su proceder me ofusca;
yo no sé qué es lo que busca
la hermosísima Cristeta.
¿Que al lado de ella me pase
el tiempo que estoy ocioso?
¿Que no la haga más el oso?
¿Que la deje? ¿Que me case?...
Tan raro es su proceder,

que, de mi anhelo á pesar,
no he podido averiguar
lo que busca la mujer.

Voy con ella: á lo mejor
se aparta del lado mío.
¿Por qué? Porque le entra frío,
ó porque le entra un temblor,
ó porque le entra el mareo
que le dá algunas mañanas,
ó porque le entran las ganas
de hacer á su novio un feo...

Como tengo más que hacer,
nunca he podido emplear
un día en averiguar
lo que le entra á la mujer.

Una tarde, de amor loco,
besé, merced á una treta,
en los labios á Cristeta,
y el beso me supo á poco...
(¡El soplamocos fué atroc!)
y un beso que á mi chiquilla
di un día en una mejilla,
¡me supo á polvos de arroz!...
La volví á besar, á ver,
y el arroz volví á tragar...

¡No he podido averiguar
á que sabe la mujer!...

DESPUES

Mi dicha ayer fué completa.
Me hizo Cristeta un favor...
¡Me dió una prueba de amor
la hermosísima Cristeta!

Te lo contaré si quieres,
lector. Dije á mi lucero:
«Esto ignoro, y esto quiero
conocer de las mujeres.»

Y ella mi ruego atendió...
Justo es que su afán alabe
de enseñar al que no sabe...
¡Qué pronto me lo enseñó!
El olor me hizo saber
de la mujer, lo que le entra,
lo que busca (y lo que encuentra)
y á qué sabe la mujer...

Conste,—y en algo me fundo
para decirlo,—de modo
solemne, que todo, ¡todo!
se averigua en este mundo...

FERNANDO SEGURA.

MICROSCÓPICAS

LA NEGACIÓN DE LA DICHA

I

Hay fenómenos psicológicos, querido doctor,
de suyo tan extraños, que fuera locura someter-
los á análisis..... Se producen «porque sí», duran
un segundo y en tan cortísimo plazo..... pues.....
destrozan un organismo, sumiendo la materia en
una laxitud grande y el espíritu en un caos de
dudas.....

Ayer tarde (escúcheme, amigo mío, y procu-
re que la sonrisilla irónica de la incredulidad no
despliegue sus labios) llegué á este sotabanco
que no tiene otras ventajas que las de recibir á
prima hora en todo su esplendor la luz matinal
y poder sus inquilinos creerse gigantes siendo
pigmeos: se asoma usted á la ventana, descubre
un monótono país de tejas; aquí y acullá torres
de iglesia; palitroques adosados á las chimeneas
sosteniendo los alambres de la red telefónica,
que, como tejido de araña, flota encima de la
villa; enamoriscamientos gatunos; algún que otro
jardinillo de un metro en cuadro atestado de ties-
tos y macetas, y alguna que otra muchacha de
clase paupérrima que envía al cielo miradas an-
siosas, no sé si para dirigirle una imprecación ó
una súplica, si para recrearse con el espectáculo

de lo infinito ó contemplar la imagen del novio
(esto último ateniéndonos á la romántica super-
stición de que las nubes dibujan el rostro amado
á poco que en los contornos de ellas se fijen ojos
amantes)..... Demos de barato lo que antecede;
ello es, querido doctor, que según iba mi historia,
llegué cerca del obscurecer á este cuchitril.....
Traía un humor negro..... Ahora, ¡ríase usted,
se lo permito!..... La causa del enfado era ¡nada!
una ingratitud más, la última—se lo juro—que
sufriré de..... usted ya la conoce: Aurora, mi.....
Vamos, ya sabe usted lo que es mío..... Mejor
dicho, lo que fué.....

Despojado de los trapitos de lujo y en traje de
confianza, tuve la ocurrencia de abrir de par en
par la ventana..... Me asomé: arriba un cielo de
púrpura, abajo un pozo y en su fondo una série
de monigotes que iban y venían. Perdonenme el
calificativo los transeuntes: á mí se me antojaron
monigotes..... Me hastié á los dos minutos, cerré
la ventana, me senté en una silla, y, así, de fren-
te, púsème á contemplar el toldo celeste, que
como un visillo de turquí y rosa cubría la crista-
lería de ese hueco..... Así estuve no sé cuanto:
no puedo precisar si fué una hora ó un minuto.
Lo que sí recuerdo es que la luz zenital se tornó



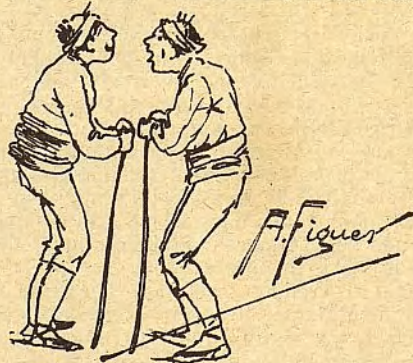
—¡Otra que Dios! ¡miá qué casica!
—¡Y tié un rétulo! Oye, maño: ¿qué dirá ese rétulo?



—Pus miá tu, Re... tre... digo: Retra... digo, Re... tre...
—Entonces ya se lo que ice: «Retratos». Aquí hacen retratos.



—¡Anda, entra, que nos haremos uno cá uno!



—Pero no está el retratista.
—¡Toma! ya sé por que se ha díó: porque no ha podido aguantar el olor.

ACEPCIONES, por Melitón Gonzalez
(PARA LA PRÓXIMA EDICIÓN DEL DICCIONARIO DE LA ACADEMIA)



COCHINO.—EL QUE HACE ALGO JUNTAMENTE CON UN CHINO.

AJADO.—LO QUE TIENE AJOS.



MANGUITO.—AGUJERO RODEADO DE PELO.



MISÁNTROPO —EL AFICIONADO Á LA MISA DE TROPA.

Ayuntamiento de Madrid

METICULOSO.—(¡CALCULEN USTEDES!)

gris, muy gris, que se desvanecieron los colores rojos y azules de antes y que las sombras del anochecer invadieron estas cuatro paredes, cubriendo con una mancha negra su recinto.....

II

Usted seguramente que habrá leído «Espirita», esa obra genial de Gautier. Esto supuesto, recordará como se le aparece á Guy, en la luna biseada de un espejo de Venecia el trasunto ideal de la protagonista..... Bien; algo parecido me ocurrió á mi anoche cuando la esquila del convento de Adoratrices de ahí enfrente tintineaba el toque de Animas..... Ciertamente que no era Espirita, ni menos aun tuvo el capricho de «manifestarse» en un mueble tan lujoso: yo soy un pobrete que cuando quiero imitar á Narciso, miro la borrosa copia de mi fisonomía en el cristal de algún escaparate..... Continúo: la luna, esa gran Celestina de amores pecaminosos, tuvo por conveniente lucir su rodaja amarillenta en el centro de un cielo que á trechos semejava lago de tinta china blanqueado de nivea espuma..... Un rayo del policiaco satélite vino jugueteando á atravesar los cristales de la ventana: moría su luz á mis pies: la habitación iluminóse tibiamente..... Sentí no sé qué sensación de asombro al notar que las moléculas del rayo de luz se descomponían, surgiendo del fondo de este una figura aérea, inmaterial, de mujer tan hermosa y atrayente, que fuera blasfemia compararla á la Venus de Milo que aquí, entre los mortales, es tenida por la más perfecta en cuanto á forma escultórica..... Destacábase sobre el paño negro de la noche la creación de aquella hada maravillosa cincelada por un Dios, á semejanza de una estatua de mármol pentélico, sobre la que se refleja en todos los rayos luminosos de un foco y la estatua se halla en la oscuridad de un subterráneo..... Sentí crispármeme los nervios, sentí que el deseo material me empujaba ¡ilusio! á abrazar lo que solo era creación de mi espíritu sobreexcitado, y calenturiento, iba á balbucir palabras que expresaran mi sorpresa, cuando la nueva Espirita, llevándose la diestra á los labios me hizo seña de que callase..... Luego, dijo, ó al menos erei oír la decir, lo siguiente:

III

«Escúchame..... Yo no soy de este mundo..... Soy una realidad de lo infinito..... Vivo en todos

los átomos: soy eter y me daís forma los que perseguís la quimera de una ilusión sobrenatural, de una dicha imposible..... Quereis atraerme ¡soberbios!..... sin notar que el humo de vuestras terrestres aspiraciones no ha de ser nunca la turquesa en que me habeis de dar forma tangible... Me manifiesto á tí y á otros muchos para reirme de vuestros devaneos..... Soñais demasiado, ansiáis explicaros lo que para vuestro espíritu será siempre inexplicable por lo grosero de los sentidos: unos llevan tan lejos su tenacidad, que purgan sus elucubraciones en las casas de orates; otros, como á tí te sucede, lanzais carcajadas de necio escepticismo cuando no podeis explicaros lo que atormenta vuestro afán de investigación..... Todos quereis descubrir un Bien Sumo, único, perfecto: tachais la materia humana de barro deleznable animado por un espíritu limitado; negais el amor terrestre y vociferais que todo lo que os rodea obedece á un principio egoísta..... Ansiáis una dicha celeste, y para alcanzarla empezais por dudar, maldecir y negarlo todo..... La fé todo lo salva y sepultais la fé en el «barro».....

Calló por un momento quien tal homilia hacia resonar en mis oídos; luego, cambiando la inflexión de su voz, prosiguió dulcemente:

«Tú en este momento, ante un desengaño sufrido, que lastima tu orgullo de hombre, me invocas: yo soy la dicha una, es decir, una negación para los vivos que nunca podrán comprenderme ni menos aun gozarme..... Sois demasiado materialistas en vuestros afectos: buscáis en el amor ángeles que al abrazaros os colmen de un placer venturoso y sin fin: que satisfagan el espíritu y la materia: tanto como si ansiarais enlazar el cielo y la tierra, la noche y el día..... El alma que escapa del vehículo carnal en que se encierra alcanza mis favores; no la que aun alimenta la deleznable maquinaria del sér corporeo.....

IV

Y no dijo más..... Desapareció..... El rayo de la luna siguió iluminando tibiamente el sotabanco..... Yo, sentado en la silla, no podía explicar-me lo sucedido..... ni me lo explico aun.

¿Será cierto que para los vivos la dicha es una negación?.....

ALEJANDRO LARRUBIERA.

POR EL HILO...

Me ha quedado como herencia,
de un amigo que apreciaba,
la caja en que éste guardaba
toda su correspondencia.
Para que debidamente
tenga una idea el lector
de su coleccionador,
entresaco lo siguiente:

«Caballero: felicito
á V. por su poesía.
¡Qué tierna melancolía
rebosa todo el escrito!
Se nota en su alma de usted,

dulce esperanza por tema,
que son de su vida lema
«la patria, el amor, la fé».
Usted es digno del leal
aplauzo de todo el mundo;
¡aplauzo pues al profundo
escritor espiritual!»

«Muy señor mío: remito
á V. su composición;
por una equivocación
me habrá enviado ese escrito,
pues no creo ciertamente
llegase V. á pensar

que íbamos á publicar
escrito tan indecente...»

«Mi protector: La verdad
que no llego á comprender
su admirable proceder,
su gran generosidad.
Por una perrita inglesa,
que de lo vulgar no sale,
me da V. lo que no vale,
me da más plata que pesa...»

«Sr. D...: es singular lo que con V. me pasa; voy con la cuenta á su casa y nunca le puedo hallar. *Que el paño conozco*, alaban en mí, y hace más de un año que veo es V. del paño... del paño de los que clavan.»

«¡Es V. el campeón de la libertad perdida! ¡Demostró usted en la batida

tener pecho de león! Admita, pues, indulgente esta sencilla medalla, en la que el recuerdo se halla de su conducta valiente.»

«El bofetón que ayer tarde le di á V., se lo ha guardado y á batirse se ha negado y se esconde V. ¡cobarde! Pues ya sabe usted lo dura que mi mano suele ser

y en cuanto le logre ver ¡le dejo sin dentadura!»

A quien tenga competencia en ello, voy á buscar, ¡á ver qué puede sacar de tanta correspondencia! Porque si ella es testimonio del carácter de su dueño, yo desisto del empeño. ¡Que lo averigüe el demonio!

LUIS GARCIA

CHIRIGOTAS

Votación recaída en el famoso y nunca bien ponderado certamen de epigramas del número pasado.

El epigrama número 4, de *Sanol*, ha obtenido... 4 votos.
El epigrama n.º 3, de *Poca Cosa*, ha obtenido... 6 »

En su consecuencia, hemos hecho entrega al Sr. *Poca Cosa* (por verdadero nombre D. Saturnino Ramirez, habitante en Barcelona, calle de Urgell, 105, 3.º) de la cantidad de *veinte y cinco pesetas*, de la que nos ha librado el oportuno recibo, que conservamos en esta administración, á disposición de quienes gusten examinarlo.

Como ven Vds., la acogida que ha tenido la idea del certamen y el entusiasmo con que ha concurrido el pueblo á la votación, son notables. ¡Notables por lo aplastantes!

Aquí, en confianza y de modo que no se entere ni el aire: ¡me he lucido!

No se lo digan Vds. á nadie... ¡y permitanme que, con las mejillas teñidas por el rubor de la derrota, me retire avergonzado por el foro!

Retazo conmovedor, que leo, corto y transcribo, de una carta, que recibo por el correo interior:

«Muy Sr. mío: En el espacio de dos semanas he visto, leyendo muy á la ligera los periódicos de esta capital, los siguientes sacrilegios:

»La carabela *Santa Maria* fué remolcada por el vapor *Pielago* por habersele roto la máquina» (Telegrama de *El Diluvio*).

»De la Biblioteca provincial han desaparecido, entre otros libros, varios incunables ¡de la época de los godos!» (El *Noticiero Universal*).

Aquel nos dice que en tiempo de Colón llevaban los barcos máquinas de vapor; este que en tiempo de los godos se imprimían libros.

»Napoleón se despidió en Fontainebleau de sus generales para marchar á la isla de Santa Elena» (El *Diluvio*).

Mejor hubiera hecho en decir *isla de Elba*. «En Duseldorf (Austria) se ha batido un militar con dos estudiantes» (La *Vanguardia*).

Como es sabido, Duseldorf, dicho sea con el debido respeto, pertenece á la Prusia Rhiniana.

«En Kilimandjaro (*Zanzibar*) han sido asesinados unos alemanes» (La *Vanguardia*).

Nadie ignora que el Kilimandjaro es un elevado monte que da su nombre á una región del Africa ecuatorial, y Zanzibar una isla bastante apartada de él.

«Las carabelas *Pinta* y *Niña* irán á la isla Salvadora, primera descubierta por Colón» (El *Diluvio*). ¿Qué *Salvadora* será esta?

«Los rusos avanzan hacia el Afghanistan por el país de los *Pamios*» (El *Diluvio*).

Supongo que será por la meseta de Pamir.

Y basta, por hoy.

¿No le parece á V., señor Director, que sería cosa de echar el *quien vive* á ciertos periodistas, para que no tomaran el pelo á los lectores, que si unos son ilustrados y comprenden esos gazapos, otros creerán á pies juntillas lo que se les dice, al verlo en letras de molde?»

Bueno; échesele V.

¡Pero se va V. á quedar ronco!

Porque si, por cada gazapo que vea V. en la prensa barcelonesa, lanza V. un *quien vive*, ¡se va V. á pasar la vida dando voces!

Tiempo atrás, al hablar de un sujeto á quien los agentes de la autoridad encontraron muerto al pié de un árbol, dijo un periódico: «¡Quien habia de decirle al infeliz que aquel árbol le serviría de sudario!»

No hace mucho decía otro (El *Diluvio*) cuyo nombre por prudencia no quiero citar, que un caballero «andó, andó hasta que se cansó.» Y no dijo «hasta que se cansó» porque no cayó en ello, que si llega á caer....

Así es que aquí ya no nos cojen de sorpresa esas cosas.

Al contrario....

Hay veces que lee uno una gacetilla y se queda luego desconchado y mustio, diciendo: «Pero, Señor, ¿qué me falta á mí que noto un vacío?....»

¡Y es que en la gacetilla leída no habia un solo gazapo!

Ahora, para concluir, una confesión.

Conste que yo no tenia noticias de la existencia del Kilimandjaro. Ni sabia precisamente que al Afghanistan se entrase por la meseta de Pamir.

Será vergonzoso, si lo será ¡pero yo no lo sabia!

Verdad es que por eso no me he dedicado á escribir sobre ello.

Y que, llegado el caso, me ruborizo y confieso mi ignorancia.

Pero, como dijo el Profeta:

No te des nunca tono ¡oh, niño mono! con lo que no te debas de dar tono.

Tipografía Conde del Asalto, 31, bajos.



«Durante cerca de una hora, tuvo el elocuente predicador á la concurrencia pendiente de sus labios...»

CASAS RECOMENDADAS

POR

LA SEMANA CÓMICA

AGUAS AZOADAS Gran establecimiento.—Pelayo, 32	DENTISTA F. Bau.—Rambla de las Flores, 1	MUEBLES DE ALQUILER de J. Codorniu.—Escudillers, 31
AGUAS MINERALES Establecimiento sin rival.—Pino, 24	DROGUERÍA de los Hijos de A. Busquets y Durán S. Pablo, 19	MUEBLERÍA de J. Codorniu.—Escudillers, 31
ALFOMBRAS Y ESTERAS de Juan Más é hijos Rambla de Estudios, 8	DULCERÍA de Parent Hnos.—Rambla del Centro, 36	OBJETOS MILITARES de J. Medina.—Plaza del Teatro, 3
ALMACÉN DE PAPEL de Baldomero Llopis Duque de la Victoria, 13	FARMACIA del Dr. Pizá.—Plaza del Pino, 4	ORTOPÉDICO Palau.—Ancha, 12
ARMAS Y OBJETOS DE CAZA de Luis Vives.—Fernando VII, 35	FERRETERÍA Hijos de J. Damians.—Escudillers, 21	PERIÓDICO La Semana Cómica. (¡Naturalmente!)
ARTÍCULOS DE GOMA é Impermeables.—LA VILLA DE PARÁ Rambla del Centro, 12	FOTOGRAFADOS Taller de José Gil.—Universidad, 66, 1.º	PAPELES DE FUMAR de J. Planas.—Unión, 2
BAÑOS de La Sirena, para Señoras. Al lado de los Orientales.	FOTOGRAFÍA de A. Esplugas.—Plaza del Teatro, 7	PARAGUAS, SOMBRILLAS y abanicos.—Bruno Cuadros. Rambla de las Flores, 25
CAFÉ-RESTAURANT La Alhambra.—Paseo de Gracia, 25	HORCHATERÍA Valenciana.—Escudillers, 54	PELUQUERÍA de Pepe.—Calle del Conde del Asalto, 10
CAMISERÍA La Reforma Plaza de Sta. Ana, 14, y Canuda, 23	HOTEL Falcón.—Plaza del Teatro, 5	PIANOS de Maseras é hijo.—Riera del Pino, 12
CARNICERÍA Modelo.—Rambla de las Flores, 27	IMPRENTA de E. Martín Galí, Conde del Asalto, 31	POSADA de San Agustín.—Calle del Hospital
CASA DE HUÉSPEDES La Milanese.—Plaza del Teatro, 3	LITOGRAFÍA de J. Sevilla.—Baja de San Pedro, 73	RELOJERÍA de El Siglo.—Rambla Sta. Mónica.
CHOCOLATES de la Compañía Colonial Depósito: Bajada de S. Miguel, 3	LICOR Quina Momo El mejor de cuantos se conocen.	SASTRERÍA El Leon Español. Rambla de Sta. Mónica, 8
Centro de suscripciones de J. Camps.—Caspe, 35	LIBRERÍA de J. Llordachs.—Plaza S. Sebastián.	SOMBRERERÍA La Económica. Calle de San Ramon, 25
CERVECERÍA de Cambrinus.—Rambla Sta. Mónica, 29	LAMPISTERÍA de Vicente Sociats.—Rambla S. José, 14	TRASPARENTES Morera, 6, 1.º (Travesía de la calle del Hospital)